PEQUEÑA HISTORIA DEL AGUA Y LA SED. APOLOGÍA DEL BOTIJO

A. FERNANDEZ DUEÑAS

ACADÉMICO NUMERARIO

Cuando me planteé participar en este I Encuentro de Investigaciones sobre La Rambla, naturalmente lo primero que consideré fue la importancia de su cerámica. Ya me rondó entonces por la cabeza, tomar al botijo como protagonista de mi comunicación, si bien no lograba crear el adecuado marco, de una forma que plenamente me convenciera. Pero cuando descubrí que, tanto el escudo como el estandarte de la vieja Murgis, lucen en su centro una fuente vertiendo agua en un pilón y supe que en Heráldica, el elemento acuático está representado en el blasón, por las fuentes, entre otras alegorías, se me iluminó la mente: el tema que habría de tratar, debería conjugar el agua y la alfarería; y ¿qué mejor motivo podría representar esta conjunción, que el genuino, entrañable e imperecedero botijo rambleño? Y pensando en su primigenia utilidad, que no es otra que la misericordiosa obra de dar de beber al sediento, completé el título que hoy me compromete ante Vdes.

Para ser coherente con él, comenzaré refiriéndome, aunque sea a vuelapluma, al agua, sólo desde la perspectiva de su ingestión por el ser vivo.

Desde la más remota antigüedad, el hombre buscó asentamientos en los que pudiera disponer de agua para uso y consumo y, por eso, es alrededor de los ríos, lagos y manantiales, donde hemos de buscar el origen de los diferentes pueblos. Las civilizaciones antiguas florecieron a lo largo de los grandes ríos: Asiria y Mesopotamia, entre el Tigris y el Eufrates; Egipto, en las riberas del gran Nilo; la India se fraguó cerca del Indo y del Ganges y el río Amarillo contempló el florecimiento de la ancestral China.

No es extraño, por tanto, que todas las antiguas teogonías tributarán especiales cultos al agua y establecieron liturgias en las que aquella era el principal elemento.

Los mesopotámicos adoraron a Amorka, diosa del mar, de cuya cabeza nacieron los hombres y a Adad, señor de las lluvias favorables.

Los egipcios relacionaron sus concepciones mitológicas con el Nilo, dios-río, el primero celeste, por el que navegaban los dioses y los astros y el segundo, terrestre, cuyas fuentes sólo eran conocidas por los dioses. Cuando el río se salía de su cauce en el tiempo del solsticio, se celebraban fiestas en las que sacrificaban toros negros y se arrojaban flores de loto a la corriente.

Los antiguos persas adoraban a Serok, dios que moderaba las lluvias y gobernaba la tierra.

Usus era el señor de las aguas para los fenicios, quien les enseñó a navegar en barcos, fabricados vaciando troncos de árboles.

Las primitivas culturas europeas, consideraron asimismo, como fundamental ele-

mento al agua, sobre la que reinaban sus principales deidades: los germánicos adoraban a Aegir, diosa del mar; los escandinavos veían en el dios Freir -representado cabalgando por los aires, sobre un jabalí dorado- el señor de las lluvias y la mitología eslava reconocía en Tamimasadas al absoluto señor de las aguas de mares, ríos, fuentes y lluvias.

Las antiguas culturas orientales coincidieron en su mitología, al considerar el agua bajo la protección y égida de importantes deidades: los chinos veneraban al dios del mar, Ma-Tso-Po y a la diosa de la lluvia, Tan-Kuan. Los japoneses tenían un señor de las lluvias, Kanao, al que los hindúes adoraban bajo la advocación de Varuna, divinidad bienhechora que fertilizaba sus campos.

Asimismo, las grandes culturas americanas precolombinas, azteca, maya y araucana, divinizaban el agua, adorando respectivamente, a la diosa Matlicué, a Yun-Chac, señor de las lluvias y protector de las cosechas de maíz y Nguruvilú, que reinaba sobre las agua y los ríos.

Los indios Pueblo, de América del Norte, adoraban al agua misma, para propiciar la lluvia. Tenían un altar con siete vasos con agua de los *siete ámbitos del universo*: agua de los cuatro puntos cardinales, de cuatro fuentes situadas al norte, sur, este y oeste; agua del cénit, cogida de un manantial de lo alto de la sierra; agua del nadir, procedente de un pozo y un séptimo vaso con agua del *centro*, que no era sino una mezcla de las seis anteriores.

Pero, sin duda, es la mitología griega, la que, de forma más profusa, diviniza las aguas: Poseidón representa al máximo poder sobre todo el líquido elemento y bajo su autoridad reinan, Pontos, sobre el mar; Nereos, sobre los ríos y un cortejo de dioses y diosas, sobre las fuentes; de entre ellas, cabe destacar a Aganipe y Castalia, ninfas protectoras de las fuentes del mismo nombre, cuyas aguas tenían como especial gracia, el aumentar la inspiración de los poetas que las bebiesen.

Los romanos, herederos de todo lo griego, mitología incluida, adoraban a Neptuno, exacta reproducción del Poseidón helénico, aunque sus divinidades marinas no fueron, ni tantas ni tan importantes como las griegas. Sin embargo, honraron especialmente a sus fuentes, personificadas en el dios Fonto, de cuyo numeroso cortejo, formaban parte las ninfas Ondíñas, femeninas deidades que encontramos en la mitología griega con el nombre de Nayades, Xanas en la ibérica y Hailki en la mitología escandinava.

Definitivamente, el agua siempre significó algo fundamental en la vida del hombre. Ya los presocráticos la consideraban, junto al fuego, el aire y la tierra, elemento primigenio en la configuración del universo, cuestión que ratificó Aristóteles y que Tales de Mileto magnificó, al asegurar, que era el único elemento verdadero, del que derivaban todos los demás.

En la propia Biblia son numerosas las referencias en las que el agua es principal protagonista. Recordemos, entre otros pasajes, la conversión en sangre de las aguas del Nilo o la separación de las del mar Rojo. Moisés también intervendría en un tercer milagro referente a las aguas, cuando hizo brotar una fuente en Raphidim y el mismo Cristo, que anduvo sobre la superficie del lago de Tiberiades, convierte aquellas en vino, en las bodas de Caná.

Sin embargo, en cuanto a su uso como necesaria ingestión por el hombre, han existido relativas disensiones a lo largo de la historia; y así, mientras los epicúreos griegos la rechazaban, argumentando que al ser una bebida que quita la sed, impide, por tanto seguir bebiendo, mereciendo del médico latino Aulo Cornelio Celso la despreciativa frase, *acqua omniun imbecillissima est*, el poeta Píndaro la ensalza y mucho más modernamente, San Francisco de Asís, en su *Canto de las Criaturas*, habla de "la hermana agua, que es utilísima, preciosa, casta y humilde".

En el siglo XVII, un escritor español, Sorapán de Rieros, en su *Medicina española contenida en proverbios*, dice: "No es poeta el que bebe agua", aserto que intenta

demostrar con peregrinos ejemplos y razonamientos. No estarían muy de acuerdo con esta afirmación entre otros escritores célebres, el gran Cicerón, que trataba sus afecciones pulmonares tomando las aguas de Nápoles, o el dramaturgo y novelista francés, Montaigne, verdadero potómano en su desmedido afán de curar sus múltiples dolencias, utilizando el novedoso, a la sazón, método de la Hidroterapia.

Y es que, en todas las latitudes del globo, el agua fue siempre y sigue siendo, alivio de sedimentos, esperanza de enfermos, e incluso, muchas veces, puro placer de paladares poco exigentes. A este respecto y circunscribiéndonos a nuestro país, son curiosas las anotaciones que hacen algunos viajeros extranjeros en España, como Teófilo Gautier, que se extrañaba de la terrible sed de nuestros compatriotas o Richard Ford, que escribe acerca del hábito hidrópico de los españoles: "... Todo el mundo es entendido en la materia y aún cuando a casi nadie pueda acusársele de abstemio, no dejan de prodigar grandes alabanzas al líquido elemento. Generalmente, todo el que bebe un trago, suele alabarla exclamando ¡qué agua más rica!".

Piropos aparte, realmente es el agua el único alivio de la sed, esa primitiva y atávica sensación que experimenta al ser vivo como signo evidente de desequilibrio hídrico en su organismo, sensación ordenada por un centro nervioso, localizado en el hipotálamo. Bien por pérdidas, bien por insuficiente ingesta, el organismo enciende la luz roja de la sed, que también aparece -el vulgo la llama "sed de boca"- por la simple reseca de la mucosa oral, por insuficiente secreción salivar a causa de súbitas emociones, ingestión de ciertos medicamentos, o simplemente, cuando, como yo ahora, se habla demasiado.

Todos hemos experimentado alguna vez, esa necesidad imperiosa y todos nos figuramos la terrible sed padecida por náufragos y expedicionarios del desierto, tormento tantas veces plasmado en impresionantes escenas cinematográficas. Terrible sed la de los postoperados y la de los enfermos febriles y la de algunos diabéticos y la de los niños deshidratados. Sed de los deportistas que, últimamente, propician tantos y tan refrescantes anuncios televisivos... Sed de los trabajadores del campo y de la tahonas y de las fundiciones y de las minas...

¡Siempre la sed y el agua como suplicio y remedio, eternamente relacionadas! Recordemos a Tántalo, hijo de Zeus, condenado por haber robado el néctar y la ambrosía de los dioses, a permanecer semisumergido en un lago, cuyas aguas desaparecían cuando intentaba beberlas. Reparemos, sobre todo, en la terrible sed de Cristo crucificado, que en su Quinta Palabra rememoraba y cumplía la profecía que David cantó en sus salmos: "... Seca está como teja mi garganta y mi lengua pegada a mis fauces...". Paseémonos por la historia y contemplemos, por ejemplo, la muerte de Felipe el Hermoso, a causa de un vaso de agua fría, bebido tras un juego de pelota, que volvió más loca a D^a Juana.

Si yo tuviera que escoger una imagen de la sed, sin duda, me decidiría por la expresión de esos Crucificados captados por la gubia del imaginero en los instantes previos al último estertor. Y si quiera ofrecer una apología de ella, nada mejor, en mi criterio, que *El aguador* de Velázquez, en cuyo lienzo se encuentran magistralmente representados el agua y el sediento, acompañados por el testimonio mudo, pero vivo, de un cántaro de barro.

Pero el hombre, eterno inconformista, no se contentó nunca con el simple y natural hecho de beber agua para saciar su sed, sino que, desde muy antiguo, pretendió beberla fresca. Jenofonte habla por primera vez, no sólo de la conveniencia de beber frío, sino de la manera de hacerlo y, siglos más tarde, el gramático Ateneo de Naucratis en su *Banquete de los sofistas*, invoca la nieve del monte Olimpo para refrescar las bebida y Quinto Curcio en su *Historia de Alejandro Magno*, cuenta cómo éste se hacía traer la nieve de las montañas y glaciares con el mismo fin.

Estas costumbres, que habían llegado a Grecia a través de los persas, quienes, a su

vez, las habían traído de la India, alcanzan, sin embargo, su mayor desarrollo en Roma. Juvenal, Plutarco, Macrobio y Plinio el Viejo, nos legan explicaciones sobre los métodos utilizados para refrescar el agua y el vino. Marcial, en uno de sus dísticos, fustiga el “*potare nivem*”, expresión con la que los romanos se referían a beber agua de nieve o hielo, recomendando por el contrario, beber agua refrescada con nieve. El mismo autor se refiere en otro dístico, a la magnífica frescura del agua previamente hervida y luego refrescada, que estaba de moda en aquel momento y que, al parecer, fue un descubrimiento del propio Nerón.

La ingestión de bebidas frías también fue práctica común en el mundo musulmán y así, consta que Saladino ofreció a Ricardo Corazón de León, bebidas enfriadas con nieve del Líbano.

Más adelante en la historia, ya en España, el emperador Carlos I, al llegar de Flandes, adquirió la costumbre, nada flamenca, de beber la cerveza helada, posiblemente sin recordar que, precisamente esa práctica fue la causa de su orfandad, como hemos visto anteriormente y en contra de la opinión de su cronista, Pedro Mexía, autor médico de éxito, quien plantea en sus *Diálogos* los inconvenientes de las bebidas frías. Como siempre, éste fue tema de polémica habiendo quien contraopinaba que “... beber frío es cosa sabrosa y natural porque la sed, como dice Aristóteles, es un apetito de húmedo y frío (atributos implícitos del elemento agua, según los griegos), como el hambre lo es de lo seco y caliente (atributos del elemento fuego) y por eso -continúa- naturalmente, queremos la bebida fría...”. De esta misma opinión era, al parecer, D. Miguel de Cervantes, que pone en boca del Quijote la siguiente frase: “Aquellos banquetes sazonados y aquellas bebidas de nieve...”, como ponderación de exquisitez.

Otros paladines del beber frío fueron Francisco Micón, que publica en 1576 su libro *Alivio de sedimentos* en el que defiende estas tesis y, ya en el siglo XVIII, el médico por Montpellier, Raymond Restaurand, si bien hubo otros que fustigaron dicha costumbre por considerarla poco saludable.

Consecuencia de aquellas desavenencias entre tan contrarias opiniones, son las afirmaciones antagónicas que podemos encontrar en nuestro refranero, pues, al lado del “Agua fría y pan caliente, nunca hicieron buen vientre”, podemos leer esta otra sentencia: “Bebe fresco, como caliente y dirás a la muerte, detente”.

En definitiva, la civilización siempre fue, y naturalmente sigue yendo, hacia la ingestión de bebidas frías, al no haberse confirmado ninguna de aquellas prevenciones de la medicina clásica, que amenazaba a sus consumidores con “... pasmos, flaquezas de estómago, hijadas, detenciones de orina y perlesías...”.

Pero para beber, el hombre necesitó desde siempre, adecuados recipientes que comenzó a fabricar de pura arcilla. Y de ahí, *kéramos*, arcilla, deriva *keramiké*, cerámica, término que designa el arte de modelar el barro.

No es mi intención adentrarme en el mundo de la cerámica, reservado para expertos, por lo que no me oirán Vdes hablar de estilos, técnicas de fabricación o decoración de las piezas, a pesar de ser interesantísimas todas las facetas enunciadas. Incluso, dejaré a un lado toda la producción ceramística aparte de los vasos y, aún dentro de éstos, sólo me referiré a los que se relacionan con el agua en su única condición de utensilios para beber. Únicamente haré algo de hincapié en aquellos que he podido encontrar a lo largo de la historia del arte, que puedan recordar, aunque sea de lejos, al botijo en su utilidad y en su forma. Así pues, obviando adrede, incluso lo fundamental de la ceramología y la ceremografía, me restringiré a lo que se refieren el par de neologismos que me acabo de inventar: la “botijología” y la “botijografía”.

Con esta intención y casi a vista de pájaro, comenzamos en el gran espacio prehistórico, que comprendé todo el Neolítico y gran parte de la Edad de Bronce, en el cual comienzan la utilización de vasos y vasijas, que poco a poco, van evolucionando en su forma y diversificando sus funciones. Por ejemplo, aparece una especie de biberón,

naturalmente de barro, que podríamos considerar el primer esbozo de nuestro botijo.

En las antiguas culturas, mesopotámica, egipcia, asiria y persa, destaca un notable desarrollo de la cerámica en general y de la producción de vasos y vasijas para beber, particularmente.

Los ceramistas griegos, a los que cita Homero en un pasaje de su *Iliada*, aprovechando las influencias recibidas de las citadas culturas, supieron ennoblecer el barro cocido, creando vasos de formas imperecederas que cubrieron de dibujos, en los que se compendia la vida helénica. Comoquiera que entre los griegos, lo útil fue la base única del arte, la ceramografía y -continuando con nuestra voluntaria restricción- la elaboración de vasos y vasijas, fue, además de bella, enormemente variada y absolutamente útil. Hubo vasos para uso doméstico, para ceremonias sagradas, para regalos de amistad o amor, vasos conmemorativos y vasos-trofeos, para todo tipo de certámenes y competiciones.

Entre los de uso doméstico existieron diferentes tipos, según se dedicaran a almacenaje de agua, vino o aceite, o, simplemente para beber. Entre estos últimos cabe citar el *pitós*, cantarillo de barro; el *kothom*, especie de botella con dos asas que utilizaban viajeros y soldados y el *bombylios*, frasco con asa y cuello angosto por el que salía el líquido gota a gota.

Pero sin duda, el vaso griego para beber que tiene más parecido con nuestro botijo, es el *ritón*, usado desde el s. III a.C. Y, aunque, en verdad, se da esta denominación a vasos de distintas formas, el término de *ritón* debería reservarse para aquellos que, si bien se parecían al *kéras* (vaso en forma de cuerno), tenían un agujerito por el que salía un fino chorro que se bebía aplicando a él, la boca; de ahí el nombre de *ritón*, que procede etimológicamente, de *rhyssis*, chorro y *reo*, manar.

Es momento ya -para ser fiel a la historia y a su propia etimología- de tratar de un término, búcaro, que, como Vds. saben, representa hoy un sinónimo de botijo, en algunas provincias andaluzas. El vocablo búcaro proviene del término latino *buccarum*, bocado, derivado, a su vez, de *bucca*, boca, lo que nos demuestra que, originariamente, al menos, se trataba de algo que tenía relación con la cavidad oral. Y, efectivamente, dicha palabra aparece en Etruria en el s. VII a.C., para designar a unas vasijas que por su color, recibían el nombre de *búccaro nero* (búcaro negro), de formas variadas pues, además de vasos, se denominaron así también a toda suerte de jarras, ánforas y copas.

La misma denominación, burla burlando en el espacio y también en el tiempo, recibían en América, unas vasijas realizadas con un tipo de arcilla también llamada búcaro -siguen las ambivalencias semánticas- que, en tres colores diferentes, blanca, negra y roja, tenían como cualidades comunes, su porosidad y olor agradables, especialmente cuando estaban mojadas, por lo que proporcionaban grata frescura al agua que contenían. El búcaro americano, igual que el etrusco, solo fue prístinamente vaso pues, por extensión, también se denominaría así a otras piezas de cerámica, como jarras, botellas y tinajas, elaboradas con la referida arcilla.

La cerámica americana precolombina, de otra parte, es conocida desde el llamado Periodo formativo de su civilización (1250 a.C. -100 d.C.) y en ella encontramos vasijas de aspecto muy parecido al botijo.

Roma y sus colonias, y posteriormente Bizancio, mantuvieron la estética y funcionalidad griega de los vasos y de la cerámica en general. Destacaron los vasos *samios* (de Samos) y *aretinos* (de Arezzo), genuínos representantes de la llamada cerámica de *tierra sigillata*, que en España tendría como principal representante, a los vasos de barro seguntino. La cerámica romana se propagaría hasta el Extremo Oriente, donde existía, además, una ceramografía autóctona que a la postre se enlazaría con la europea, fundamentalmente por medio del Islam.

De la cerámica china genuína, entresacamos, en lo que al vaso para beber se refiere,

el llamado *hu*, con forma de botella, perteneciente a la cerámica *Han*. En el siglo III a.C., aparece una forma de vaso muy curiosa: una especie de cántaro con asa, cabeza grande de dragón y una más pequeña, de gallo, que puede servir de boquilla para beber, o simplemente, de adorno. Muy parecido a ésta, es un vaso de forma animal, perteneciente al arte *T'ang* (s. X) y otro, de la cerámica *Ting*, de la época *Sung*, que representa la cima de la civilización china (1127-1279). Más adelante, en el s. XIV, aparece el *kundi*, palabra malaya que significa cantimplora para beber, de forma redonda, cuello corto y panza reducida que recuerda, hasta cierto punto, al *kothom*, griego. Esta vasija, procedente de la India, de donde pasó a Indonesia y Malasia y, por fin, a China, también existe entre la producción de la cerámica japonesa.

El Islam, el gran recopilador de culturas, asumirá también toda la ceramografía del mundo conocido, incluida la oriental y extendería su conocimiento por Siria, Egipto y Africa del Norte, pasando después a España, donde ya existió una cerámica autóctona ibérica (1100 a.C.-206 a.C), siendo precisamente aquí el lugar donde se produciría un encuentro de tradiciones distintas: persa, siria, egipcia, de Asia occidental, e incluso china.

A pesar de todos los posibles antecesores que he podido encontrar a lo largo de mi rápida excursión por la historia de la cerámica, la realidad es que el momento exacto de la aparición de nuestro botijo, no la he llegado a conocer, aunque si es fácil colegir el motivo de su existencia, como he intentado en la correlación, sin duda existente, entre el agua, la sed y el barro.

Etimológicamente, la palabra botijo procede de bote o pote, vocablo castellano derivado del latino *potus*, que significa bebida. Nuestro diccionario lo define como “un tipo peculiar de vasija de barro, de vientre abultado, asa y dos aberturas superiores: una boca para llenarlo de agua y un pitorro para beber...”; aclara que es un componente habitual de los enseres domésticos de Andalucía -ya es algo en cuanto a su posible procedencia- y termina añadiendo que puede ser de arcilla roja, blanca o vidriado para el invierno.

Pero ¿sólo eso es un botijo? Su entrañable proximidad, su cotidiano servicio ¿no ha de sugerirnos algo más que una descripción tan recortada y conceptual? Ya, su forma abultada, panzuda, casi pícnica y ¿por qué no decirlo?, sanchopancesca, denotan cualidades tales como bondad -o, al menos, bonachonería- amistad, alegría, humildad, pícara simpleza, utilidad, servicio... ¿No es éste, poco más o menos, el perfil humano del buen escudero de D. Quijote? ¿Y no es Sancho Panza un poco *el otro yo* o el *yo mismo* de muchos de nosotros?

Ergo, aunque, a lo peor, me resulte un sofisma, el botijo es algo muy próximo a nosotros, casi como nosotros, algo incardinado a nuestra existencia diaria.

Yo creo, Sras. y Sres. que el botijo tiene alma, como según los antiguos persas, la tienen todas las vasijas. Nadie como ellos interpretaría nunca su íntima realidad con tan metafísica trascendencia, hasta el punto de comparar el alma con la vasija, como receptáculo de divinidad. Es muy demostrativo al respecto, el siguiente poema de Omar Khayam, quien parece estar describiendo uno de los más famosos bodegones de Zurbarán. Dice así:

“Un día, al fin de año, en Ramadán/ cuando afuera, anocheciendo, todos van,/ yo, solo, entré en casa del alfarero/ y allí oí hablar los vasos del rintero./ Unos hablaban recio, otros suave./ hasta que uno dijo, con voz grave:/ -Quisiera pedir al Hacedor/ ¿por qué me dió esta curva, medida y color?/ No pienso que, al hacerme, El quisiera/ volverme al suelo, polvo como era./ Pero otro dijo:- ¿No has visto, acaso, al niño/ romper la taza misma en la que bebió contento?/ Aquél que diónos forma con cariño/ romper nos puede, airado, en un momento./ A esto, agrególe una vasija/ de forma fea, jorobada, incierta:/ -¿Querrá el Hacedor que me corrija/ si El, temblando, fabricóme tuerta?/ Replicóle, suspirando, un viejo jarro:/ -Hace tiempo que estoy seco, quiero

vino;/ llanadme otra vez y el puro barro/ recibirá el sabor de lo divino”.

Estas cuartetas de Omar Khayam explican como ningún otro texto, además de la importancia de la cerámica persa, la mística y la poesía que las vasijas les sugieren; los vasos, para el poeta, son de distinta forma, pero no en su sola forma natural, sino en su forma aristotélica; no solo en su apariencia física, sino también en el carácter, en lo que llamaríamos el alma. Una vasija, tiene la necesidad de saber por qué existe y por qué es como es. Otra, se preocupa de su futuro, cuándo puede ser destruída; la tercera se niega a salvarse, porque lleva el mal en sí; por fin, la cuarta, quiere colmarse del líquido que embriaga y hacerse receptáculo de aromas exquisitos.

Para los persas, la vasija sería la criatura y el alfarero el creador y, de la misma forma que todas aquellas salen del mismo fango, las cosas y las criaturas del mundo, con sus naturales diferencias, vendían a representar la vajilla del Sumo Hacedor y, como aquellos enseres de arcilla, han de volver, al final de sus días, a ser pedazos rotos de cerámica y, aún, puro barro de donde, en definitiva nacieron.

Perdónenme estos ribetes de trascendencia, pero necesitaba fundamentar mi creencia en el alma del botijo. Si Omar Khayam lo hubiera conocido y utilizado, seguro que le hubiera dado un lugar en su imaginaria galería y aún le habría dedicado una cuarteta que hubiera sido muy parecida a esta:

Y un botijo, perdido en el rimero/ respondió, en voz baja, al viejo jarro:/ -De mi vida me importa lo primero/ dar a otros la frescura de mi barro”.

Tal vez ahí radique esa alma que yo intuyo en el botijo; alma que, animando su forma, no sólo se encuentra en la profundidad de su amplio receptáculo, como afirmaban los antiguos persas, sino que de forma deletérea, se incrusta en sus finas paredes de arcilla, donde invade, acariciándola, el agua que contine. Esa es su utilidad y su destino: por siempre incardiado al agua y a la sed; por siempre ofreciendo su inacabable frescura, aunque ello signifique, a pesar de su perpetuo reposo, sudar gotas que, tal vez, sean de satisfacción íntima.

Mediado julio, cuando escribo estas líneas, el termómetro inmisericorde, alcanza inusuales cotas; el calor casi se mastica y la sed se despierta en los cuerpos resecos. A mi lado, reposa un botijo que, además de mi musa, está siendo mi hidratante consuelo. Lo miro y su muda invitación, por un momento, me distrae y desazona. No puedo resistir y, ritualmente, bebo...

Porque beber en botijo no deja de ser un rito, que se inicia tomándolo de su asa y elevándolo, casi de reverencial forma, por encima de nuestra cabeza; que culmina, cuanto tras leve y calculado movimiento basculante, comienza a manar de sus entrañas el fresco chorro que termina en nuestra boca; que finaliza al verticalizarlo y descenderlo a su eterna y paciente posición de espera.

El botijo, en fin, forma parte de nuestras vidas, como indica su demostrada omnipresencia. Nos acompaña en nuestra casa, a veces vestido de colores y adornado de brillos, como objeto de adorno y, siempre, humilde en su tosco barro, presto a saciar nuestra sed. Preside el altar de necesarias y rituales libaciones en el más umbrío rincón de la fragua. Reluce con tintes de fuego, cerca de la boca del horno de las tahonas. Decora el centro de las mesas de casinos y bares y, castizo y flamenco, asoma entre las rejas de nuestros patios, acariciado por claveles, jazmines y gitanillas, de las que toma sus aromas para mezclarlos con el húmedo olor de su arcilla.

Y, a pesar de todo, aún hay quien pone en entredicho su razón de ser, deslumbrado con la moderna tecnología del frío que a todos nos invade. A ello podríamos ofrecer algunos argumentos de tipo médico y muchos más de índole práctica; pero no vamos a caer en la trampa porque el botijo no necesita defensa. Lo evidente no precisa de evidencia.

Otros, fustigan su uso, acogiendo a algunas sentencias del refranero: “No firmes cartas que no leas, ni bebas agua que no veas”, reza un de ellas, en la que busca su

refrendo una copla popular que dice:

*El que bebe agua en botijo
y se casa en tierra extraña,
no sabe si el agua es buena
y si la mujer es mala.*

Y la condena se hace dogmatismo, con este otro refrán: Agua detenida, agua podrida”.

No pretendo negar la carga de sabiduría popular que nuestro refranero encierra pero, obviamente, ello no significa que todo lo que asegura, sea cierto. Ni siquiera los Aforismos de Hipócrates fueron asumidos en su totalidad por todos sus convencidos seguidores. Porque ¿qué tipo de botijo sería el del refrán o que tipos de personas, los encargados de renovar su agua? Pues los botijos de nuestras casas, limpios y cuidados, incluso a veces, protegidos en su boca con primorosas fundas de hilo o con las más funcionales de plástico, renovados regularmente con el agua al uso -en cuanto a la calidad del agua al uso, sí que hemos de hacer, muchas veces, auténtica profesión de fe-, esos botijos nuestros, no pueden ser objeto de infundadas prevenciones de refranes y coplas, posiblemente malintencionadas.

Definitivamente, Sras. y Sres., por todo lo dicho, yo, al menos, he de confesar mi “botijofilia” inmarchitable. Y lo afirmo aquí en La Rambla, donde el botijo es símbolo, quizá aún más representativo que la fuente de su escudo. Y a ese símbolo, del que he intentado torpe apología, dedico el siguiente poema que inserta Homero en su *Iliada*:

“Si fielmente me recompensais ¡oh alfareros!, he aquí lo que os cantaré: Ven, Minerva, y ampara con tu favor, la tarea encomendada al horno. Haz que esos vasos (esos botijos, dijo yo) y, principalmente, los destinadas a las ceremonias sagradas (¿no es sagrado acaso, dar de beber al sediento?), se endurezcan al fuego y que, vendidos a alto precio, inunden los mercados y las calles de nuestras ciudades y sean para vosotros que los fabricáis, pingüe granjería; y para mí, nueva ocasión de consagraros mis versos...”.

Esto dice Homero; yo también ¡oh botijo! humildemente, te dedico los míos:

*Recipiente de hidrópica silueta
sólamente de barro conformado,
que guardas en tu vientre dilatado,
contra la sequedad, fresca receta.*

*¿Acaso te cantó algún poeta,
de cuerpo o mente desecado,
al verte de humedades trasudado,
rimando agua y sed, dicha completa?*

*Si nadie elogió esa frescura
que pones en boca del sediento,
yo sí canto tu uso y tu figura,
que emerge de mi mente como un sueño,
expresándote mi agradecimiento,
¡búcaro o porrón, botijo rambleño!*